

REPÚBLICA DE GUINEA ECUATORIAL LTD.

128 City Road

London

EC1V 2NX

United Kingdom

Registered in United Kingdom, Number 16547165



*Javier Clemente Engonga Avomo™*

*Presidente*

*Republica Digital de Guinea Ecuatorial™*

*Digital Government of The United States of Africa™*

 [presidente@republicadeguineaecuatorial.com](mailto:presidente@republicadeguineaecuatorial.com)

26-03-2026

## IDUS DE MARZO:

## SOBRE LA ÚLTIMA GRAN GUERRA™

La civilización no es un proceso estático, sino un recorrido de eventos en constante movimiento que el tiempo va dando forma y lugar a veces sin que nos demos cuenta. Las guerras, por desgracia, forman parte de ese proceso colectivo de acuerdo y desacuerdo, de búsqueda de una mejora de las circunstancias generales y condiciones de vida en las respectivas naciones y en cada época y lugar.

Siempre, sin embargo, detrás del ruido y de la sangre se encuentra la razón y la justicia y también, sus contrarios. Y la última gran guerra no es diferente: la humanidad verá por primera vez en mucho tiempo lo que es encontrarse en un punto de inflexión civilizatorio porque, si la irracionalidad, la deshumanización y destrucción de naciones y la proliferación de la hipocresía diplomática es el mejor camino para todos, entonces todos los pueblos del mundo sufrirán las consecuencias. Mientras tanto, y por las mismas fechas, se espera que el ciudadano norteamericano y mandatario del vaticano visite uno de los países más corruptos del planeta, para agasajar a la corrupción, mientras su propio país una vez más, demuestra no querer asumir la responsabilidad histórica de aceptar que sin verdad, sin justicia y sin hermandad no se puede liderar ni un país ni mucho menos la comunidad de naciones.

# **I. Del Movimiento de la Civilización**

La civilización no es una piedra inmóvil en el cauce del tiempo. Es río, es corriente, es tensión perpetua entre memoria y porvenir. Quien observa con serenidad advertirá que los pueblos no caminan en línea recta, sino en espiral: retornan a preguntas antiguas con instrumentos nuevos; repiten errores bajo otros nombres; buscan justicia aun cuando ignoran su propio extravío.

Nada humano permanece estático. Las instituciones se levantan, se reforman y se desgastan. Las fronteras cambian. Las lenguas se mezclan. Los símbolos se reinterpretan. Y, sin embargo, la esencia de la aspiración humana —orden, dignidad, seguridad, trascendencia— permanece constante.

En este devenir, las guerras han sido, por desgracia, compañeras del tránsito histórico. No constituyen el fundamento de la civilización, pero sí han sido sus pruebas más severas. En ellas se condensan las tensiones acumuladas, los agravios no resueltos, las ambiciones desmedidas y también las legítimas defensas del orden quebrantado.

El poder, cuando se desvincula de su fundamento moral, degenera en dominación. Y la dominación, tarde o temprano, provoca resistencia. Así se inicia el ciclo que conduce a la confrontación.

Recordad siempre: el poder no es dominio, sino orden. Y el que sostiene el orden, sostiene el mundo.

# **II. Guerra como Acuerdo Fracturado**

Toda guerra es, en su raíz más profunda, el fracaso de un acuerdo. No necesariamente el fracaso de la diplomacia formal, sino el fracaso de la concordia interior entre pueblos, dirigentes e instituciones.

Las naciones buscan mejorar sus circunstancias, proteger sus recursos, garantizar su seguridad y afirmar su identidad. Cuando estos objetivos se persiguen dentro del marco del respeto mutuo, nace la prosperidad compartida. Cuando se buscan mediante la imposición o el engaño, germina el conflicto.

No debe olvidarse que tras el estruendo de los ejércitos se encuentran ideas. Algunas nobles; otras, perversas. Tras la sangre derramada, hay siempre principios en disputa: justicia e injusticia, verdad y mentira, honor y cálculo mezquino.

Las guerras no surgen únicamente de la irracionalidad. También emergen cuando la razón es instrumentalizada para justificar lo injustificable. La historia enseña que la deshumanización del adversario precede a su destrucción. Cuando el otro deja de ser reconocido como portador de dignidad, el límite moral se desmorona.

Pero incluso en la oscuridad del conflicto, subsiste la posibilidad de restaurar el orden. La guerra revela, con crudeza, las estructuras morales de una civilización. Si éstas son sólidas, el sufrimiento no será en vano; si son frágiles, la devastación se prolongará más allá del campo de batalla.

### **III. El Punto de Inflexión Civilizatorio**

Hay momentos en la historia en los que la humanidad se aproxima a un umbral. No son frecuentes, pero cuando llegan, transforman el curso de los siglos.

Un punto de inflexión civilizatorio no se define sólo por la magnitud de la destrucción material, sino por la reconfiguración del sentido. En tales instantes, las naciones deben responder a una pregunta esencial: ¿qué tipo de orden desean sostener?

Si la irracionalidad se normaliza, si la destrucción sistemática de comunidades enteras se justifica bajo pretextos estratégicos, si la hipocresía diplomática reemplaza a la palabra empeñada, entonces el tejido mismo de la civilización se debilita.

Cuando los pactos se convierten en meros instrumentos tácticos y no en compromisos de honor, el sistema internacional se transforma en un escenario de sospecha permanente. Y en ese clima, cada gesto es interpretado como amenaza.

La última gran guerra —sea cual fuere su nombre futuro— no será recordada únicamente por sus batallas, sino por el examen moral que imponga a la humanidad. No bastará la victoria militar; será necesaria la reconstrucción ética.

Si los pueblos concluyen que la mentira es herramienta legítima y la destrucción indiscriminada un recurso aceptable, entonces todos sufrirán las consecuencias, vencedores y vencidos por igual.

### **IV. De la Hipocresía y la Responsabilidad**

En tiempos de crisis, los dirigentes son observados con mayor severidad. Sus palabras adquieren peso específico; sus silencios, significado profundo.

La historia muestra que no pocas veces los príncipes han visitado cortes decadentes, no para reformarlas, sino para obtener de ellas ventajas inmediatas. Tales gestos, aunque revestidos de solemnidad, erosionan la confianza pública cuando se perciben como complacencia ante la corrupción o el desorden moral.

El liderazgo auténtico exige coherencia entre discurso y acción. No puede proclamarse la defensa de la verdad mientras se tolera la mentira conveniente. No puede invocarse la justicia mientras se eluden responsabilidades históricas.

La autoridad que rehúye examinar sus propios errores pierde legitimidad. Y un país que no reconoce sus fallas internas difícilmente podrá ofrecer orientación al concierto de naciones.

La responsabilidad histórica no consiste en humillarse ante el pasado, sino en asumirlo con claridad. Sin verdad, no hay reconciliación. Sin justicia, no hay estabilidad. Sin hermandad, no hay comunidad internacional duradera.

## V. La Restauración del Orden

Toda gran guerra concluye con una reconstrucción. Pero no toda reconstrucción es auténtica restauración.

La verdadera restauración exige volver a los principios fundamentales: dignidad humana, equilibrio de poder moderado por normas, primacía de la palabra empeñada, respeto por las culturas y límites claros a la violencia.

Las instituciones deben reformarse para evitar que los mismos errores se repitan bajo nuevas formas. Las alianzas deben basarse en confianza verificable, no en intereses efímeros. La educación debe fortalecer el sentido crítico y la conciencia histórica.

Un orden internacional sostenible no se impone por la fuerza perpetua, sino por la legitimidad. Y la legitimidad nace del reconocimiento mutuo y del cumplimiento constante de compromisos.

## VI. Misión y Continuidad

Cada generación recibe una herencia. No sólo territorios y estructuras, sino también deudas morales y tareas inconclusas.

La misión de quienes ejercen autoridad no es conquistar para sí, sino custodiar para el futuro. El gobernante digno comprende que su poder es transitorio, mientras que el orden que sostiene debe aspirar a la permanencia.

La última gran guerra —como todas las anteriores— será juzgada no sólo por sus resultados inmediatos, sino por la calidad del orden que deje tras de sí. Si de ella surge una civilización más consciente de sus límites y responsabilidades, el sacrificio habrá producido enseñanza. Si, por el contrario, consolida la arrogancia y la indiferencia, habrá sido un retroceso disfrazado de triunfo.

La historia no absuelve automáticamente a los vencedores. Examina la justicia de sus actos.

## VII. Conclusión: El Juicio del Tiempo

El tiempo es el juez supremo de los imperios y de las repúblicas. Ninguna potencia escapa a su escrutinio. Ningún discurso permanece indemne si carece de fundamento moral.

La humanidad se encuentra, una vez más, ante la posibilidad de elegir entre la destrucción amplificada o la responsabilidad compartida. No es la primera vez que enfrenta tal dilema, pero cada generación debe resolverlo por sí misma.

Recordad: el poder no es dominio, sino orden. Y el que sostiene el orden, sostiene el mundo.

Atentamente,

Javier Clemente Engonga



Presidente, República Digital de Guinea Ecuatorial™

Comandante y Director Operativo

Centro de Investigación Anticorrupción (C.I.A.)™ – Guinea Ecuatorial



26-03-2026

# IDES OF MARCH:

ON THE LAST GREAT WAR™

Civilization is not a static process, but a journey of events in constant motion, shaped and placed by time—often without our awareness. Wars, regrettably, form part of that collective process of agreement and disagreement, of the search for improved general circumstances and living conditions within nations, in every era and place.

Yet always, behind the noise and the blood, one finds reason and justice—and also their opposites. And the last great war is no different: humanity will, for the first time in a long while, find itself at a civilizational turning point. For if irrationality, the dehumanization and destruction of nations, and the proliferation of diplomatic hypocrisy are deemed the best path forward, then all the peoples of the world will bear the consequences.

Meanwhile, around these same dates, it is expected that an American citizen who serves as head of the Vatican will visit one of the most corrupt countries on the planet—an act perceived by some as honoring corruption—while his own country once again appears unwilling to assume the historical responsibility of accepting that without truth, without justice, and without fraternity, one cannot lead a nation, much less the community of nations.

## I. On the Movement of Civilization

Civilization is not an immobile stone in the current of time. It is a river, a flow, a perpetual tension between memory and future. Whoever observes with serenity will notice that peoples do not walk in a straight line but in spirals: they return to ancient questions with new instruments; they repeat errors under different names; they seek justice even when unaware of their own deviation.

Nothing human remains static. Institutions rise, reform, and decay. Borders shift. Languages blend. Symbols are reinterpreted. And yet the essence of human aspiration—order, dignity, security, transcendence—remains constant.

In this unfolding, wars have, regrettably, accompanied historical transit. They do not constitute the foundation of civilization, but they have been its most severe trials. Within them condense accumulated tensions, unresolved grievances, excessive ambitions, and also legitimate defenses of a broken order.

Power, when severed from its moral foundation, degenerates into domination. And domination, sooner or later, provokes resistance. Thus begins the cycle that leads to confrontation.

Remember always: power is not domination, but order. And he who sustains order sustains the world.

## **II. War as a Fractured Agreement**

Every war is, at its deepest root, the failure of an agreement—not necessarily the failure of formal diplomacy, but the failure of interior concord among peoples, leaders, and institutions.

Nations seek to improve their conditions, protect their resources, guarantee their security, and affirm their identity. When these objectives are pursued within a framework of mutual respect, shared prosperity is born. When pursued through imposition or deceit, conflict germinates.

One must not forget that behind the thunder of armies stand ideas—some noble, others perverse. Behind spilled blood lie principles in dispute: justice and injustice, truth and falsehood, honor and petty calculation.

Wars do not arise solely from irrationality. They also emerge when reason is instrumentalized to justify the unjustifiable. History teaches that the dehumanization of the adversary precedes his destruction. When the other is no longer recognized as a bearer of dignity, the moral boundary collapses.

Yet even in the darkness of conflict, the possibility of restoring order endures. War reveals, with stark clarity, the moral structures of a civilization. If they are solid, suffering will not be in vain; if fragile, devastation will extend beyond the battlefield.

## **III. The Civilizational Turning Point**

There are moments in history when humanity approaches a threshold. They are not frequent, but when they arrive, they alter the course of centuries.

A civilizational turning point is defined not only by the scale of material destruction, but by the reconfiguration of meaning. In such moments, nations must answer an essential question: what kind of order do they wish to sustain?

If irrationality becomes normalized, if the systematic destruction of entire communities is justified under strategic pretexts, if diplomatic hypocrisy replaces the pledged word, then the very fabric of civilization weakens.

When treaties become mere tactical instruments rather than commitments of honor, the international system transforms into a stage of permanent suspicion. In such a climate, every gesture is interpreted as a threat.

The last great war—whatever future name it may bear—will not be remembered solely for its battles, but for the moral examination it imposes upon humanity. Military victory will not suffice; ethical reconstruction will be required.

If peoples conclude that falsehood is a legitimate tool and indiscriminate destruction an acceptable resource, then all will suffer the consequences—victors and defeated alike.

## **IV. On Hypocrisy and Responsibility**

In times of crisis, leaders are observed with greater severity. Their words acquire specific weight; their silences, profound meaning.

History shows that princes have often visited decadent courts not to reform them, but to secure immediate advantage. Such gestures, though cloaked in solemnity, erode public trust when perceived as complacency toward corruption or moral disorder.

Authentic leadership demands coherence between speech and action. One cannot proclaim the defense of truth while tolerating convenient falsehood. One cannot invoke justice while evading historical responsibility.

Authority that refuses to examine its own errors loses legitimacy. And a nation unwilling to recognize its internal failures can hardly offer guidance to the concert of nations.

Historical responsibility does not consist in humiliating oneself before the past, but in assuming it with clarity. Without truth, there is no reconciliation. Without justice, there is no stability. Without fraternity, there is no enduring international community.

## **V. The Restoration of Order**

Every great war ends with reconstruction. But not every reconstruction is a true restoration.

True restoration requires a return to fundamental principles: human dignity, balance of power moderated by norms, primacy of the pledged word, respect for cultures, and clear limits on violence.

Institutions must be reformed to prevent the same errors from recurring under new forms. Alliances must be grounded in verifiable trust, not ephemeral interests. Education must strengthen critical sense and historical consciousness.

A sustainable international order is not imposed through perpetual force, but through legitimacy. And legitimacy arises from mutual recognition and consistent fulfillment of commitments.

## **VI. Mission and Continuity**

Each generation receives an inheritance—not only territories and structures, but moral debts and unfinished tasks.

The mission of those who exercise authority is not to conquer for themselves, but to safeguard for the future. The worthy ruler understands that his power is transient, while the order he sustains must aspire to permanence.

The last great war—like all those before it—will be judged not only by its immediate results, but by the quality of the order it leaves behind. If from it emerges a civilization more conscious of its limits and responsibilities, the sacrifice will have produced instruction. If, on the contrary, it consolidates arrogance and indifference, it will have been a regression disguised as triumph.

History does not automatically absolve the victors. It examines the justice of their actions.

## VII. Conclusion: The Judgment of Time

Time is the supreme judge of empires and republics. No power escapes its scrutiny. No discourse remains intact if it lacks moral foundation.

Humanity once again stands before the possibility of choosing between amplified destruction and shared responsibility. It is not the first time it faces such a dilemma—but each generation must resolve it for itself.

Remember: power is not domination, but order. And he who sustains order sustains the world.

Respectfully,

**Javier Clemente Engonga**

President, Digital Republic of Equatorial Guinea™

Commander and Chief Operating Officer Anti-Corruption Research Center (C.I.A.)™ – Equatorial Guinea